

Las Perrerías de Mike 2

MIKECRACK

Y EL DIAMANTITO PERDIDO

m̄r

CAPÍTULO 1

¿HOGAR, DULCE HOGAR?

Cuando sonó el timbre de la puerta, Mike sintió un nudo en el estómago. Aquel era el día en que se marchaba a vivir a casa de Timba.

Acarició la corona de Trollino y volvió a colocársela en la cabeza.

Exe abrió la puerta y se encontró con Timba, que todavía se ponía un poco nervioso al verlo.

—Buenos días —saludó Timba—. ¿Todo listo?

Mike apareció por detrás de Exe con gesto triste.

—Sí, supongo que sí... —respondió encogiendo los hombros. Luego señaló hacia una torre de maletas que había a su lado—. Estas son mis cosas.

—¿Seis maletas? —cuestionó Timba—. ¿Para qué necesitas tantas?

Mike señaló la de abajo del todo y luego fue subiendo el dedo para ir apuntando hacia las demás.

—Esta es la de las cosas blandas para morder. Esta es la de las cosas duras para morder. Esta otra, la de las cosas que no son ni blandas ni duras, también para morder. En esta llevo chocolate. Y la de arriba del todo es la del papel.

—¿Chocolate y papel? —preguntó Exe—. En casa de Timba también tienen.

—La abuela de Timba me odia —aclaró Mike frunciendo el ceño—. Seguro que no me deja comer chocolate. Y no digamos papel...

Exe suspiró comprendiendo que no iba a servir de nada discutir con Mike. Agarró la única maleta que él había preparado y la llevó al carro.



Willy se quedó sentado junto a la entrada de la casa con gesto alicaído.

—No estés triste, Willy —trató de animarlo Mike—. Exe tiene un plan para hacer volver a Trolli.

—Es cierto —confirmó Exe—. Buscaremos el Cristal de Luz.

Willy bajó la vista al suelo y gimió poco convencido.

—No digas eso —le respondió Exe—. El Cristal de Luz tiene el poder de crear vida. Es lo que necesitamos.

Timba había venido a buscarlos en un carro tirado por un caballo delgaducho. Se sentaron los cuatro muy juntos en la parte delantera, porque la trasera estaba llena con las maletas de Mike. El caballo intentó iniciar la marcha, pero las pezuñas le resbalaron en el suelo y el carro no se movió ni un centímetro.

—A veces le pasa esto al arrancar —explicó Timba—. Hay que empujar un poco y luego ya podrá él solo.

Mike y Exe bajaron a dar un primer impulso desde atrás. Entonces, el pobre animal logró moverse, aunque avanzaba muy despacio.

—¡Has puesto demasiado peso, Mike! —lo regañó Exe.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo sabemos que no es tu maleta la que nos hace ir lentos?

Dos horas después habían terminado de recorrer un camino que normalmente se hacía en veinte minutos.

—¡Buah! Este animal no está en forma, Timba —señaló Mike—. Deberías ponerlo a hacer ejercicio.

El caballo dirigió un relincho molesto hacia Mike.

—¡Eh! ¿A quién llamas gordo? —replicó él.

El caballo relinchó de nuevo, esta vez sin mostrar enfado. Mike frunció el ceño extrañado.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Timba—. ¿Qué ha dicho ahora?

—Dice que no me preocupe, que en esta casa voy a perder peso... ¿Sabes a qué se refiere?

Timba miró para otro lado fingiendo no comprender a qué venía el comentario del caballo.

—No, ni idea... —murmuró—. A ti te gustaban las lentejas, ¿no?

La casa de Timba era parecida a la de Trollino, aunque estaba pintada de una forma muy rara, con el tejado rojo chillón y las paredes verde claro.

—¿Tu abuela no distingue bien los colores? —dudó Mike.

—Mi abuela no distingue bien casi nada —respondió Timba.

Iba a añadir que su abuela no veía un pimiento, pero entonces la vio acercándose a recibirlos. Hortensia era una mujer muy mayor, más bajita que una silla, con el pelo blanco peinado con la forma de un arbusto y unas gafas pequeñas colocadas al borde de la nariz.

—¡Uh! ¡Ya iba siendo hora, niño! —se quejó.

—Hola, abuela —saludó Timba molesto porque ya empezaran a gritarle—. Estos son Mike, Exe y Willy.

Hortensia no hizo ni caso a Mike ni a Willy, y se quedó mirando a Exe de arriba abajo.

—¡Sí, señor! —exclamó con orgullo señalándolo—. ¡Esto es un perrazo como Dios manda!



Exe miró a un lado y a otro ruborizado.

—¿Cómo dice?

—¡Qué porte tiene! ¡Claro que sí! —añadió Hortensia. Luego hizo un gesto con la mano hacia Mike y Willy—. ¡Vosotros, a traer las maletas!

—¿Qué? —preguntó Mike sin poder creerlo.

Hortensia empezó por enseñarle el jardín a Exe, de camino a la casa, mientras Mike y Willy arrastraban las maletas. Luego pasaron todos juntos al interior, donde descubrieron que había fotos de Trollino por todas partes.

—Esta señora está obsesionada... —comentó Mike cuando la abuela no podía oírlo.

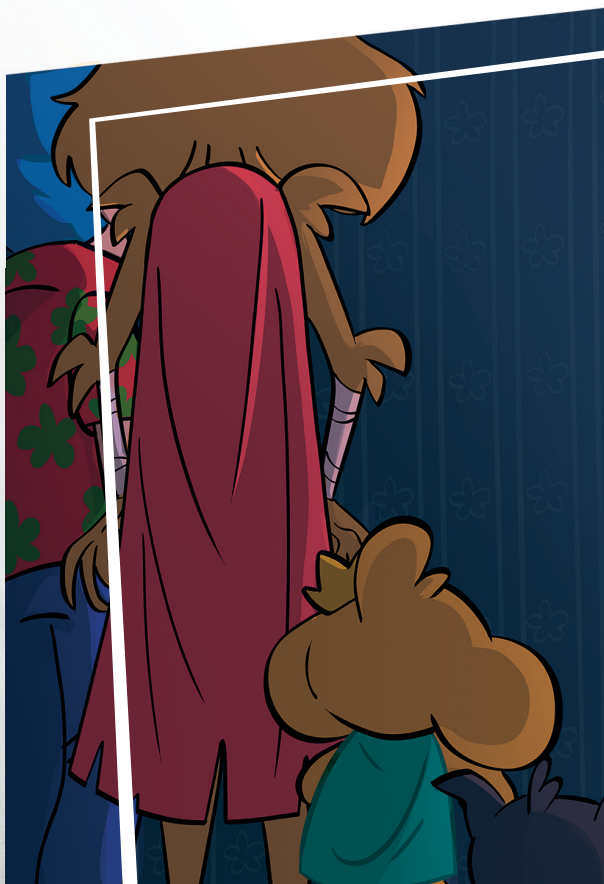
—¡No lo sabes tú bien! —le respondió Chiribiqui, un pájaro que los miraba atentamente desde el interior de su jaula.

En la casa también vivía Acenix, un gato gris que llevaba un collar rojo con un cascabel al cuello y que desapareció nada más verlos llegar.

La mayor sorpresa se la llevaron en el piso de arriba, donde Hortensia había montado una especie de altar con un enorme cuadro de Trollino, rodeado de velas y flores.

—Las cambio todos los días —declaró emocionada—. No volverá a existir otro hombre como él...

Mike y Exe se quedaron pasmados delante del altar. Luego miraron hacia Timba con intención de preguntarle de qué iba todo aquello, pero él negó con la cabeza y puso cara de no tener ni idea.



Hortensia abrió la primera puerta que encontraron en el pasillo.

—¡Esta va a ser su habitación, Exe! —dijo—. ¡Al lado de la de Timba!

Encendió la luz para que todos pudieran ver la cama recién hecha, la mesilla y la lámpara.

—¿Y dónde voy a dormir yo? —preguntó Mike.

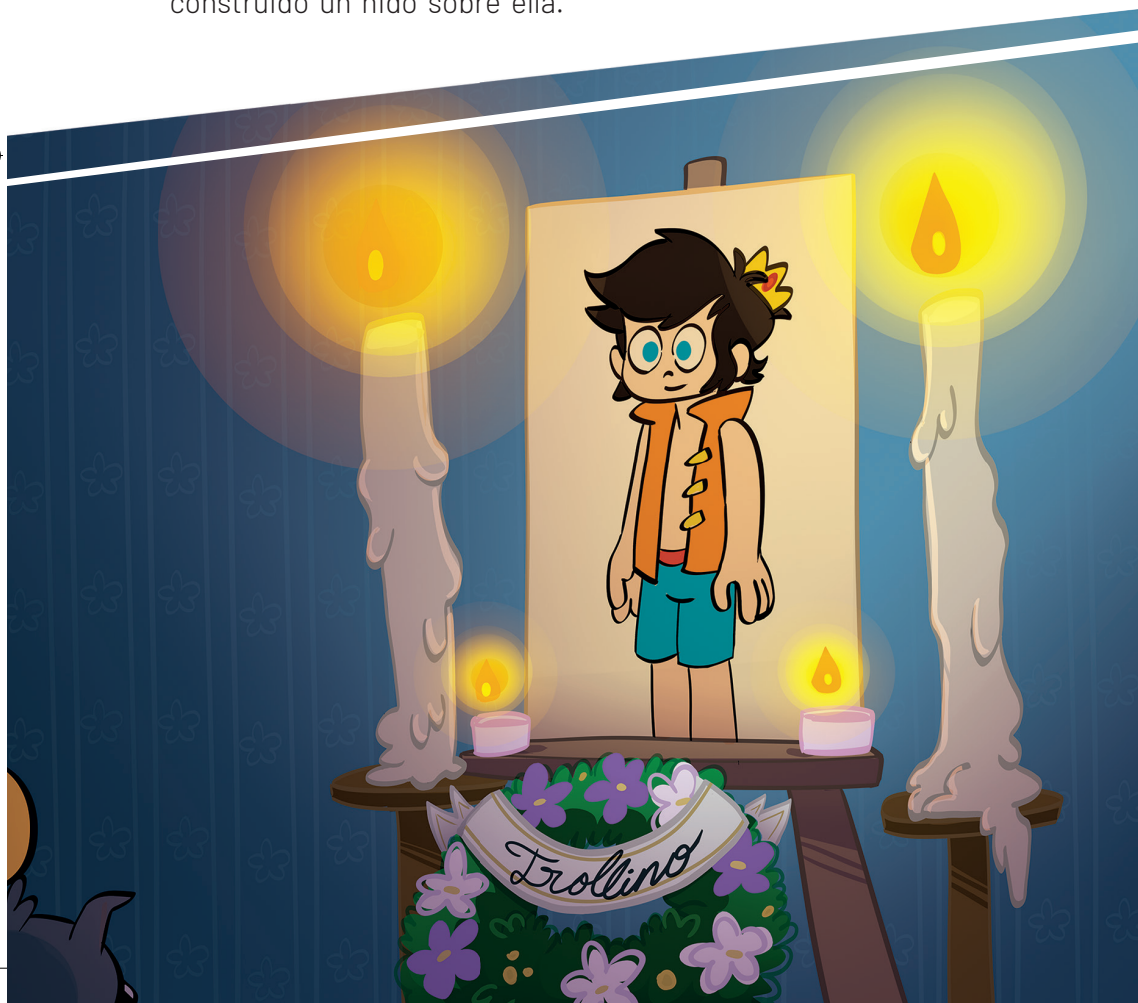
Hortensia caminó hasta el fondo de la habitación, separó las cortinas de la ventana y señaló hacia el jardín.

—Vosotros en esa caseta —anunció.

Mike y Willy compartieron una mirada de preocupación.

—¿Caseta?

Bajaron al jardín trasero para ver la pequeña casa de madera, cochambrosa y descuidada. Una pareja de urracas había construido un nido sobre ella.





La abuela se apresuró a echarlas agitando los brazos.

—¡Su, su! ¡Fuera, pajarracos!

Luego invitó a Mike y a Willy a pasar al interior.

—¡Ea! ¡Aquí vais a estar divinamente! —exclamó.

Mike metió la cabeza para descubrir que los insectos ya habían convertido aquello en su hogar. En una de las esquinas había una telaraña del tamaño de un jersey y, en la contraria, un hormiguero con forma de pequeña montaña. Una hilera de hormigas recorría el suelo, dirigiéndose hacia él.

—Será una broma, ¿no? —preguntó Mike.

Hortensia se había ido a buscar un par de cuencos de plástico. Los dejó en el suelo delante de la caseta, y los limpió con una bayeta.

—¡Hala! El cuenco rojo es para la comida y el amarillo, para el agua.

—¿¿Voy a comer en el suelo?? —cuestionó Mike incrédulo.

—No, en el suelo no —explicó la abuela acariciando la cabeza de Mike, igual que si le hablara a un cachorrito—. En el cuenco rojo.

Luego, Hortensia se giró hacia Timba.

—Muy listo no parece el perrillo —susurró—. Pena.

Entonces se marchó de vuelta al interior de la casa dejando a Mike con cara de tonto.

—Lo siento... —se disculpó Timba avergonzado—. Seguro que dentro de unos días os dejará entrar a todos.

Pero Mike estaba empezando a enrojecer de ira. Se sentía insultado y miraba hacia la casa con un temblor en uno de los ojos.

—¡Grrrr! Lo lleva claro esta señora si piensa que voy a quedarme aquí fuera como un perro... —murmuró entre dientes.

Willy lanzó un gruñido, molesto por el comentario.

—No te ofendas, Willy, ya sabes a qué me refiero —se justificó Mike—. Si hemos venido a vivir aquí, no puede ser que estemos peor que en casa de Trolli.

Entonces se frotó las patas delanteras mientras sonreía con malicia.

—No te preocupes —añadió Mike—. Esto no va a quedar así...

CAPÍTULO 2

DESTERRADOS EN EL JARDÍN

Mike se despertó acalorado. Tenía sudor hasta detrás de las orejas. Willy estaba tumbado a su lado, jadeando con la boca abierta y la lengua fuera.

—¡Esto es un horno! —se quejó Mike mareado.

Se arrastraron juntos hasta la puerta de la caseta, buscando un poco de frescor, pero fuera hacía un sol de justicia y no soplaban ni una pizca de aire.

—Qué suerte la nuestra... —comentó Mike con sarcasmo.

Willy descubrió que el cuenco amarillo del agua estaba vacío. Entonces gimió sediento. Arrancó un poco de hierba y empezó a mastigarla, con la esperanza de sacar algo de agua de ella, pero solo consiguió que se le secara más la boca.

En ese momento, Hortensia salió por la puerta trasera de la casa con un pequeño cántaro en las manos.

—¡Ohú, qué calor! —exclamó antes de volcar el cántaro sobre el cuenco amarillo.

Willy y Mike se lanzaron para empezar a beber, pero el agua se evaporó nada más tocar el cuenco y, con un repentino siseo, desapareció ante sus ojos.

Sin haberse enterado de nada, la abuela volcó un saquito de pienso sobre el cuenco rojo.

—¡Hala! ¡Listo el desayuno de los chuchos! —anunció, y volvió a meterse en casa.

Willy olfateó el pienso. Olía rancio y, al morderlo, resultó estar tan duro como una piedra.

—¡Qué asco! —se quejó Mike—. ¡Esto ni es comida ni es nada! ¡Y sigo teniendo sed!



Trepó hasta la ventana y desde allí vio a Exe y a Timba sentados delante de una mesa de desayuno con cereales, tostadas, leche, mermelada... Las tripas de Mike rugieron.

Hortensia pasó por debajo de la ventana y Mike encogió la cabeza para que no lo viera. Luego levantó la pata hacia Exe, pero su amigo negó con la cabeza, dando a entender que ahora no podía hacerle caso.

—No me fastidies... —murmuró Mike.

Entonces, Mike señaló hacia la comida que había en la mesa y luego hacia la puerta principal de la casa. Exe asintió comprendiendo el mensaje. Mike se dejó caer de vuelta al suelo.

—¡Ven conmigo, Willy! —dijo.

En la puerta delantera, todavía tuvieron que esperar un rato a la sombra antes de que apareciera Exe.

—¡Has tardado mucho! —lo regañó Mike.

Exe dejó la puerta entornada al tiempo que pedía silencio colocando un dedo delante de la boca.

—¡Sssshhhh, que te puede oír! —susurró—. La señora no me dejaba levantarme de la mesa. ¡Se ha empeñado en que me lo comiera todo!

—Ah, ¿sí? ¡Vaya, hombre, qué mala suerte la tuya! —respondió Mike—. Pues a nosotros nos ha puesto piedras y agua vaporizada para desayunar, ¿verdad, Willy?

El cachorro soltó un gruñido de fastidio.

—Esto es lo que he podido traeros —dijo Exe desdoblando una servilleta en la que había escondido un cruasán y varios trozos aplastados de pan.

Mike agarró el cruasán y lanzó los trozos de pan a Willy, que lo miró con indignación.

—Esto tiene azúcar —se excusó Mike con la boca llena—. No puedes comerlo.

Ahora Mike señaló a Exe.

—¿Qué has traído para beber?

—Solo he traído comida.

—¿¿Qué?? Jolín... —murmuró Mike, y se acercó a abrir un poco más la puerta de la casa para asomarse al interior.

—¿Adónde vas? —preguntó Exe con preocupación.
—¿Adónde va a ser? ¡A por agua! —dijo Mike pasando al recibidor—. ¡Vamos, Willy!

El cachorro se colocó detrás de Mike, aunque no terminaba de convencerle lo que quería hacer su amigo.

De repente, se escuchó la voz de la abuela acercándose desde la cocina.

—¡Exe! ¿Quieres más magdalenas?

—¡Volved afuera! —susurró Exe—. ¡No puede veros!

—Tranquilo, no nos verá... —respondió Mike agarrando a Willy en brazos y sonriendo con malicia.

Los ojos de Mike se iluminaron. Se produjo un súbito estallido cuando saltó a supervelocidad, arrugando la alfombra al acelerar sobre ella.

Hortensia estaba entrando en el recibidor cuando Mike le pasó por delante, igual que un tremendo golpe de aire, y la hizo caer de espaldas.

—¡Uy! ¡La Virgen! —exclamó la abuela.



Mike entró en la cocina y se fue directo a por los cántaros de agua, pero entonces descubrió que no podía frenar sobre las baldosas. Trató de agarrarse a la encimera y sin querer derribó unos platos que se estaban secando junto al lavadero. Acabó por estrellarse contra los cántaros rompiéndolos en mil pedazos. Sin poder detenerse, siguió hasta el fondo de la cocina, así que corrió de lado por la pared, tirando varios cuadros al suelo, para luego salir de nuevo disparado de vuelta al pasillo.

Willy se agarraba a los brazos de Mike y se sentía tan perdido como si montara en una montaña rusa.

En el recibidor, Exe ayudó a Hortensia a ponerse de pie.

—¡Qué corriente se ha levantado! —gritó la abuela asustada—. ¡Cerrad las ventanas!

Se marchó de inmediato a la cocina, a ver de dónde procedían todos aquellos ruidos.

—¡Mis cacharros! —exclamó Hortensia al entrar, horrorizada.

Exe llegó detrás de ella y comprobó que había un montón de platos rotos en el suelo, varios cuadros caídos y tres cántaros de agua reventados encima de un gran charco de agua.

—¡Me va a tocar ir otra vez a la fuente, leñe! —se quejó Hortensia.

Sacó la fregona y empezó a limpiar el suelo. Exe buscó alrededor con la mirada, pero no vio a Mike.

—¿Dónde se ha metido? —murmuró.

Regresó al recibidor, pero allí no había nadie.

—Mike, ¿dónde estás? —susurró Exe mientras avanzaba por la casa.

La voz de su amigo llegó desde el pasillo que llevaba al salón.

—¡Aquí dentro!

Exe abrió el armario del pasillo y encontró a Mike sentado en un extremo.



Willy estaba a su lado, todavía recuperándose del mareo.
—¿Te has vuelto loco? —le preguntó Exe—. ¡No puedes ir a supervelocidad por la casa!
—La vieja no me ha visto, ¿a que no? —se defendió Mike orgulloso.
—No has conseguido beber, ¿a que no?
Mike lo miró con odio.
—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?
—¿Qué? —preguntó Exe sin poder creerlo—. ¡Pero si acabamos de llegar!
—¡No me gusta vivir en esta casa! El caballo tenía razón, me voy a quedar en los huesos...
—¿Quieres volver a casa de Trolli? —cuestionó Exe—. ¡La tenías hecha un asco!
—Claro, como a ti te tratan como a un rey...



Exe ojeó los alrededores para asegurarse de que no hubiera nadie.

—¡Venga, sal al jardín! Ahora te sacaré algo más de comer.

—¡No! No pienso volver fuera a torrarme de calor. ¡Nos quedamos aquí! —replicó Mike señalando con el dedo firme en dirección al suelo.

—¿En el armario?

—¡No! ¡En la casa!

De pronto, la voz de Acenix sonó a la espalda de Exe.

—¿Con quién hablas?

Exe se dio la vuelta y cerró el armario de golpe.

—Eh... Con nadie —respondió—. Estaba... ensayando una conversación.

—Ah, ¿sí? —cuestionó Acenix sospechando que le estaba ocultando algo.

—¿Por qué cierras? —susurró Mike con demasiada fuerza—. ¿Qué pasa?

Exe puso cara de fastidio comprendiendo que ya era imposible negarlo.

—Está bien —dijo poniendo las manos por delante—. Están ahí dentro, pero no se lo digas a la abuela, ¿de acuerdo? Ahora se marchan.

Pero Acenix no parecía muy convencido.

—A ver: abre el armario y que yo vea cómo salen —indicó.

A Exe no le gustaba el tono que estaba usando el gato.

—¿Quién te has creído que eres para darme órdenes? —preguntó Exe.

—Soy el que vivía en esta casa antes de que llegarais vosotros —respondió Acenix acercándose con chulería—. ¿Qué pasa? ¿Quieres tener problemas conmigo? ¿Tengo que decirle a la abuela que eres un perro peligroso?

Exe lo pensó un momento, mientras lo miraba con desprecio. Luego se apartó. De todos modos, aquella era la única manera de conseguir que Mike se marchara al jardín.

Acenix abrió la puerta del armario con gesto triunfante, pero entonces Mike se abalanzó sobre él y le soltó una descarga. El

gato se quedó tieso como un palo y todo el pelo del cuerpo se le erizó al mismo tiempo.

Cayó al suelo sin doblar un solo músculo, como si se hubiera vuelto de madera.

—¿Por qué has hecho eso?! —exclamó Exe—. ¡Lo has dejado frito!

—¡Yo qué sé! ¡Pensaba que se iba a chivar! —se defendió Mike.

Acenix levantó una pata despacio, tratando de pedir auxilio.

—Ayuda... —maulló.

Exe lo agarró al instante y le soltó otra descarga. Esta vez, Acenix se quedó dormido como un tronco.

—¿Pero qué has hecho?! —exclamó Mike.

—¿Es que no lo ves? —replicó Exe—. ¡Se iba a chivar!

Mike se agachó a agarrar a Acenix por los hombros.

—Agárralo tú por las patas —dijo— y lo metemos en el armario.

—¿Qué dices? —preguntó Exe sin comprender.

—¡Sigo teniendo sed! —se quejó Mike—. Lo metemos ahí hasta que yo encuentre un poco de agua.

Cuando Mike y Exe agarraron a Acenix, apareció Timba.

—¿Qué hacéis con el gato? —preguntó preocupado por el aspecto chamuscado de Acenix—. ¿Y por qué parece una tostada?

—Es... un testigo —improvisó Mike.

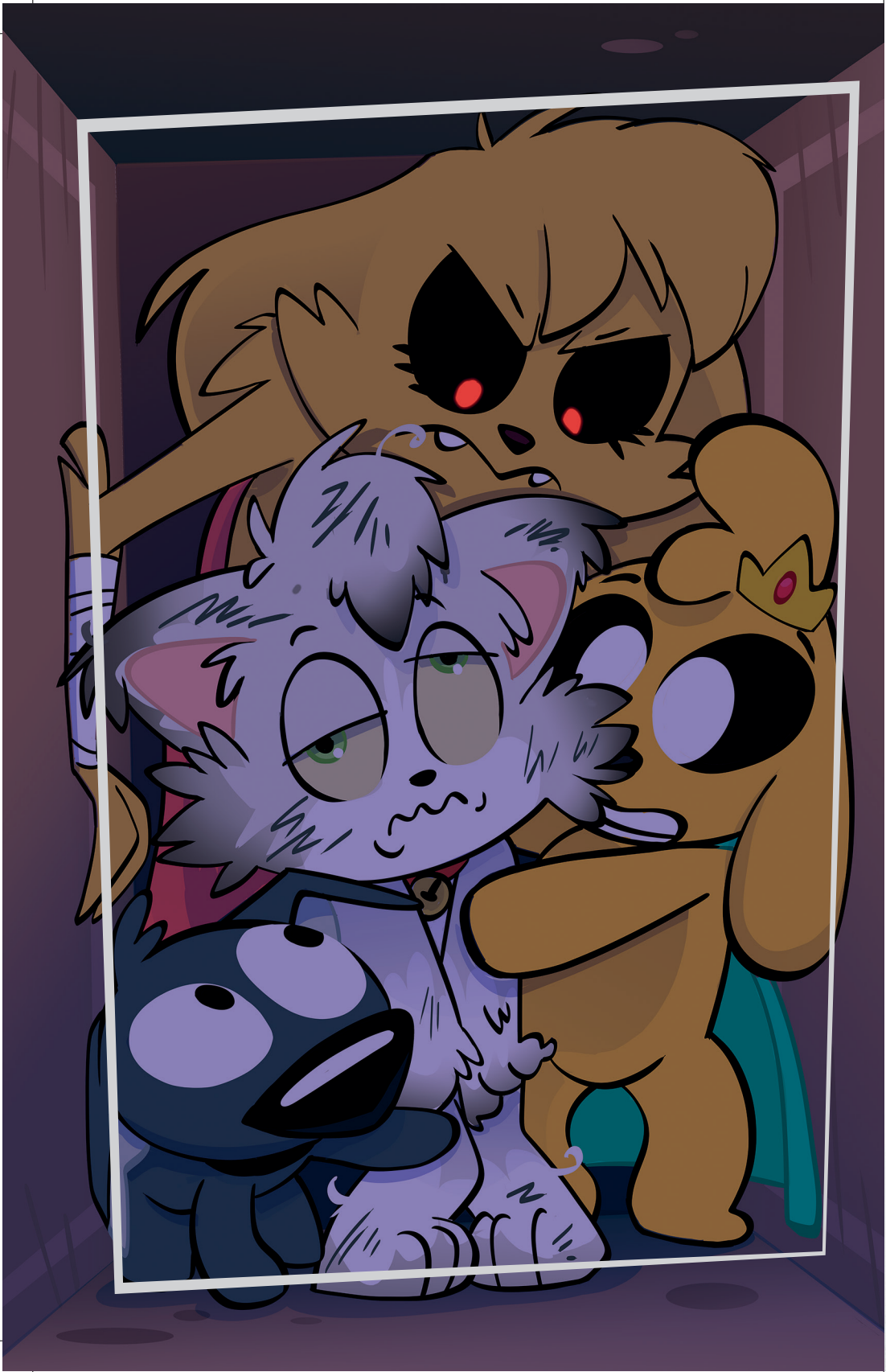
—¿Un testigo? ¿De qué?

Antes de que Mike pudiera responder, escucharon de nuevo a la abuela acercándose desde la cocina.

—¡Timba! —llamó—. ¿Dónde estás? ¡Tenemos que ir a por agua!

Exe y Mike metieron a Acenix dentro del armario y Timba cerró las puertas a toda prisa, dejándolos a todos dentro.





—¿Qué haces, Timba? —preguntó Exe.

—¡Chhhssstt! —chistó él pidiendo silencio.

La abuela se encontró a su nieto en mitad del pasillo, apoyado de espaldas contra el armario.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Hortensia extrañada—. Voy a cambiarme y nos vamos, ¿entendido?

—Sí, sí, claro —respondió él forzando una sonrisa.

Dentro del armario, Mike, Exe y Willy sostenían a Acenix apretado entre los tres y todavía inconsciente.

—Bueno, ¿qué? —susurró Mike—, ¿cuándo vas a empezar a buscar el Cristal de Luz?

—¿¿Me estás hablando en serio?? —contestó Exe sin poder creerlo—. ¿Cómo quieres que empiece a buscar nada si no paras de liarla?

—Pero ¿qué más te da lo que haga yo? —dijo Mike—. Tú ponte a trabajar. A ver: ¿qué es lo que necesitas?

Exe lanzó un suspiro armándose de paciencia.

—¡Libros! —exclamó.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mike indignado—. ¿Después de todo lo que has desayunado?

—¡No! Me refiero a libros de los que sacar información —explicó Exe—. Pero en esta casa no hay ninguno. ¿Dónde demonios guardáis los libros en este universo?

—¡Y yo qué sé! —replicó Mike.

La puerta del armario se abrió de repente y los tres se quedaron tan quietos como estaba Acenix.

Pero quien había abierto el armario no era la abuela, sino Timba.

—¿Queréis bajar la voz? —los regañó—. Si necesitáis libros, tenemos que ir a la biblioteca. Os llevaré cuando regrese de traer agua con la abuela, ¿entendido?

Timba volvió a cerrar el armario y los de dentro se quedaron otra vez estrujados alrededor del gato.

Mike arrugó la cara dudando.

—¿Qué ha dicho? La biblio... ¿qué?